

trátese de barcos, de toros, de organismos de la naturaleza; como si tuviera un Larousse adentro. Y lo hace con deleite y con donosura, porque tal vez en esa precisión ella encuentra el gran placer de escribir. Los párrafos son cortos, y también las frases; lo hace sin ningún temor; ella no tiene dudas. Sus preocupaciones son la belleza, la armonía; así se va dejando ir tras el ritmo de las palabras con sus pensamientos encadenados; sus ocupaciones, una trae otra, son sus opiniones. Hay textos bonitos, tiernos, amorosos; hay otros que producen emociones planas; a veces todo se vuelve lo mismo— sin serlo, por supuesto porque hay variedad—, pero el (la) lector(a), que lee por el solo goce de leer, se cansa a pesar de la diversidad de tonos y colores, de retratos, del rico lenguaje. Es que las emociones esperadas sin ser prometidas se quedan suspendidas en la belleza y nada patalea adentro de nosotros mismos.

DORA CECILIA RAMÍREZ

Silencio de palabras, de deseos y de pensamientos

La chispa de la vida

Hernando Molina Gracia

Tercer Mundo Editores, Bogotá, 1988, 250 págs.

Me pregunto a veces, consternada, cuál será el criterio al que se ciñen algunas editoriales para escoger los libros que han de publicar. Si nos atenemos a lo que dice Juan Gustavo Cobo Borda sobre la nueva narrativa de nuestro país, en su ensayo "La narrativa colombiana después de García Márquez: visión a vuelo de pájaro", "los signos son promisorios"¹. Según por donde la tomemos, esta afirmación puede ser cierta. En los últimos tiempos, la narrativa colombiana (post-Gabo) ha tenido lo que se podría calificar de *boom*, con

la aparición casi diaria de escritores que hacen incursiones de primera, segunda o tercera categoría en el arte de la literatura. Por supuesto, estas incursiones son de celebrar, ya que significan que, cuando menos, el volumen de producción va en aumento.



Muchas editoriales se han dedicado a publicar colecciones de literatura colombiana o a darles cabida en su presupuesto a figuras inéditas de las letras que, como poco, merecen la oportunidad de ser leídas. Claro está que, como siempre, es el público lector el que tiene la última palabra en lo que se refiere a glorificar o condenar un libro. Si, por un lado, tenemos en cuenta que Colombia pretende convertirse en el centro de la industria editorial en Hispanoamérica y, por otro, pensamos en lo que Cobo Borda trae a colación, en el ensayo antes mencionado, referente a que las condiciones de tensión que vive actualmente nuestro país son propicias para la creación, nos aunamos a lo que piensa el crítico y con él creemos que "la respuesta creativa de [...] los narradores colombianos merece nuestra atención crítica y entusiasta"². Sin embargo, no creo que el entusiasmo por apoyar nuestra literatura deba cegar a los consejos editoriales y llevarlos a infligirle al muchas veces desprevenido público "obras" que nada hacen por el bien ni de las editoriales mismas, ni de la literatura colombiana en general, ni de aquellos que en gesto de solidaridad se

lanzan a comprar libros que aparecen en colecciones que promocionan nuestra literatura. No es justo que, con base en criterios entusiastas y que poco tienen que ver con la calidad, se publiquen libros mediocres que, entre otras cosas, les roban la oportunidad de ser conocidos a otros escritores cuya calidad al menos merece ser juzgada por el público. Libros como *la chispa de la vida* de Hernando Molina Gracia harían mejor si permanecieran inéditas. Su pobreza absoluta en todos los órdenes es una ofensa para los escritores que diariamente se esfuerzan por producir un arte que no necesita, para llamar la atención, valerse de triquiñuelas sensacionalistas y de temas en boga. Mientras se sigan publicando obras del talante de *La chispa de la vida*, el público se verá forzado a sumergirse en la televisión, ya que ésta trata temas similares que no implican el esfuerzo que para muchos significa comprar y leer un libro.

La chispa de la vida es una narración de 250 páginas sobre las peripecias de tres caballeros modernos cuyo fin en la vida es conseguir plata, y que se valen de todos los medios para lograr tal fin. Por más que Molina Gracia intente buscar justificaciones superficiales y seudopsicológicas para la conducta de sus personajes en dramas y conflictos telenovelescos, no es posible situar en otra parte, el punto de mayor tensión de la pretendida novela. Como ingrediente para atrapar incautos y quizá para que entre los lectores y los seres de cartón que deambulan por las 250 páginas se establezca algún tipo de identificación, el autor apela a elementos que, dada nuestra crisis actual, podrían resultar bastante atractivos. En primera instancia las similitudes entre Colombia y Cristóbal resultan tan evidentes, que no es posible dejar de pensar que son el denso producto de una mente que pretende ser alegórica

¹ Juan Gustavo Cobo Borda, "La narrativa colombiana después de García Márquez", en Boletín Cultural y Bibliográfico, Bogotá, Biblioteca Luis-Angel Arango, vol. XXV, núm. 14, 1988, pág. 19.

² Ibid.

pero que a duras penas alcanza a esbozar una caricatura grotesca y sin vida. Elementos tales como el narco-tráfico, la aburrición matrimonial, la clase media en vías de extinción, la carencia de valores, los secuestros, los negocios sucios, las estafas y defraudaciones financieras, la prostitución disimulada, etc., etc., etc., conforman el panorama y el terreno en el cual pretende florecer algo así como un dramatizado de intriga, pasión y suspenso, salpicado de sufrimiento humano, de intentos fallidos de penetración en la psicología de los personajes. Para darles un cariz "interesante" a los tres jóvenes en cuestión, Molina Gracia los compromete, además, en la lucha contra un grupo religioso llamado los quietistas, cuyo poder manipulador está a punto de hacer sucumbir a Cristóbala en una oscura filosofía medievalista que, si no fuera por la ligereza con que el autor se refiere a ella, podría hasta ser hermosa. No obstante, lo que pretendía/o prometía ser el plato fuerte de la novela tampoco es desarrollado, y al final del libro nos encontramos con que la lucha contra los quietistas está aún por empezar. Esto en sí no tendría nada de malo, si no fuera porque desde el principio esta lucha a muerte se nos venía anunciando.

Los recursos empleados para armar este mamotreto sin pies ni cabeza ni posibilidad alguna de salvación, son un lenguaje pobre, pálido reflejo del lenguaje cotidiano, unas cuantas citas eruditas desperdigadas y desperdiciadas, unos diálogos forzados y artificiales y una serie de chistes de salón ramplones que se unen entre sí por medio de un hilo narrativo que se pierde en la aburridora maraña de episodios inconexos y que terminan sin mayor pena ni gloria en el mismo punto en el que había empezado. Verdaderamente, *La chispa de la vida*, como la pobreza imaginativa de su título lo sugiere, nos remite a un absoluto silencio de palabras, de deseos y de pensamientos.

MIRIAM COTES BENÍTEZ

Afilada ironía, recreo verbal, burla medida

El signo del pez

Germán Espinosa

Editorial Planeta, Bogotá, 1987, 231 págs.

Concluida la lectura del último libro de Germán Espinosa, *El signo del pez*, resulta evidente para el lector encontrarse frente a un autor que paso a paso ha forjado—con la minuciosidad del artista oriental— una obra de recuerdo perdurable, un cosmos muy propio y original, cuyo eje central se mueve impulsado por la erudición, expuesta con el mejor estilo narrativo, ameno y sin falsas ostentaciones, y la poesía en constante equilibrio. Estas dos vertientes se desplazan, como destellos convenientemente repartidos, entre la afilada ironía, el recreo verbal, la burla medida, el guiño, que preparan el camino para el encuentro con la reflexión, la información—real o recreada— de hechos y personajes históricos.

En esta última obra del autor cartagenero, hallamos reedificada la vida y caminos de Saulo—o Paulo— de Tarso, o, lo que viene a ser lo mismo, los difíciles comienzos del cristianismo, cuando pretendía imponerse—a través del verbo de sus primeros representantes— al imperio romano. La manera como se nos ambienta este proceso es altamente lograda; se recuperan todos los pormenores de la época, color y olor, diríamos, las situaciones político-económicas del "año 64 de nuestro calendario gregoriano", la formación de Saulo de Tarso, en todas sus etapas, destinada a convertirlo en "mensajero de Yahvé", en fin, un argumento formidable, que requiere de un no menos formidable tratamiento; y es en este aspecto donde Germán Espinosa vuelve a demostrarnos sus amplias capacidades narrativas.

Consideramos, por eso, necesarísimo insistir en el interesante manejo literario del autor, y en las situaciones en que coloca a sus personajes, desplazándolos en torno a sucesos idénti-

cos, y creando con ello un interés creciente: tenemos, por ejemplo, el peculiar amor de Saulo de Tarso con Aspálata, una griega—y hetaira— iluminada por el saber y la devoción que experimenta ante el muchacho—y después el hombre— a quien ella intuye como un predestinado, y a quien protegerá con fiel empeño,



hasta verlo sucumbir físicamente ante el verdugo. La profundidad de los diálogos, usados diestramente, para resumir las corrientes del pensamiento; ahí aparecen los filósofos estoicos, sus debates, el asombro que el joven Saulo experimenta ante sus disertaciones; sus dudas, sus convicciones; la perfectamente lograda charla de reprimido amor entre Saulo y Aspálata (parte segunda, capítulo VII), en donde brillan todos los elementos que conforman al narrador de gran psicología e inteligencia perspicaz. Una de las mejores capacidades de Espinosa es la disposición permanentemente reflexiva a lo largo de sus páginas: "La muerte, cuya inmensa tristeza había experimentado [...], no se le aparecía ahora como la gran enemiga del hombre, como una fuerza maléfica liberada por Yahvé, sino más bien como una amiga embozada pero benéfica, cuyo solo e irremediable defecto consiste en no saber golpear a tiempo".

Es de realzar este aporte culminante sobre lo que son—o fueron— los "milagros" en la época primaria del cristianismo: "En su antigua estancia en Mareotis, con la secta de los terapeutas, había aprendido que algunos males—en esencia aquellos